



POR JOSE MARIA DOUSSINAGUE

LORENZO GÓÑI

UN estudio objetivo y desapasionado de las actividades exteriores de los Reyes Católicos, nos llevan rápidamente a situarnos frente a una de esas máquinas de bien engranadas concepciones, cuya armonía lógica, cuyo mecanismo de precisión nos impresionan por lo perfecto de su montaje y de su funcionamiento.

El punto de arranque está en el día mismo del matrimonio de Fernando e Isabel, en 1469, cuando en el tronco castellano viene a injertarse la visión segura y de dilatado alcance internacional de los reyes aragoneses. De su padre, Juan II, ha aprendido Fernando el Católico la necesidad de aliarse con los duques de Borgoña y de Bretaña como puntos de apoyo para poder dar una salida satisfactoria a la ocupación del Rosellón y la Cerdeña por Luis XI. Este problema del Rosellón tiene una singular trascendencia, pues de él nace el propósito de buscar una paz estable y duradera con Francia, al mismo tiempo que con Inglaterra y con Alemania. La alianza hispano germano inglesa fué, en efecto, el instrumental político con el cual el Rey Católico, manejándolo con delicadeza, llegó a recuperar para España, suavemente y sin efusión de sangre, las dos provincias dichas. La operación fina y de limpia ejecución, en medio de grandes dificultades, revela ya su talla excepcional de maestro en el arte de la diplomacia.

Ningún país puede pensar en engrandecerse por obra de la benevolencia ajena ni en hacer respetar sus derechos, por mucho que los aureole

la más resplandeciente de las justicias, si por su esfuerzo tenaz y bien concebido no llega a hacerse necesario de manera que su amistad se desee y se busque. Cuando por muerte de su padre, el Duque de Bretaña, Federico II, es una niña, la joven Ana, la que ciñe la corona ducal, Fernando V envía a ese país a Pedro Gómez Sarmiento, conde de Salinas, con mil hombres de armas y jinetes (los hombres de armas eran las unidades acorazadas de la época), tanto para ayudar a su sobrina-nieta, como para dar a entender a Carlos VIII de Francia lo imprescindible que era llegar a un acuerdo con España, ya aliada del emperador alemán y con el monarca inglés, cediendo amistosamente el Rosellón a la Cerdeña. Y el éxito de este plan cimentó para el porvenir la alianza hispano germano inglesa, que entraría en juego en cuantas ocasiones se planteara un problema semejante.

Esa alianza llega a convertirse en pieza central de todo el mundo de pensamientos políticos de Fernando el Católico. Su atención estaba fija en la necesidad de librar a aquella España que Isabel y su marido soñaban poderosa, llena de prestigio y respetada por todos, de las agresiones constantes que le dirigía la Media Luna, partiendo de la ribera oriental y meridional del Mediterráneo. Los diez años de guerra y triunfos que culminan en la toma de Granada, pesaban sin duda en su espíritu y le llevaban, naturalmente, a desear el remate y fin de la empresa contra los infieles, acabando con sus contraataques, de suerte que se pudiera

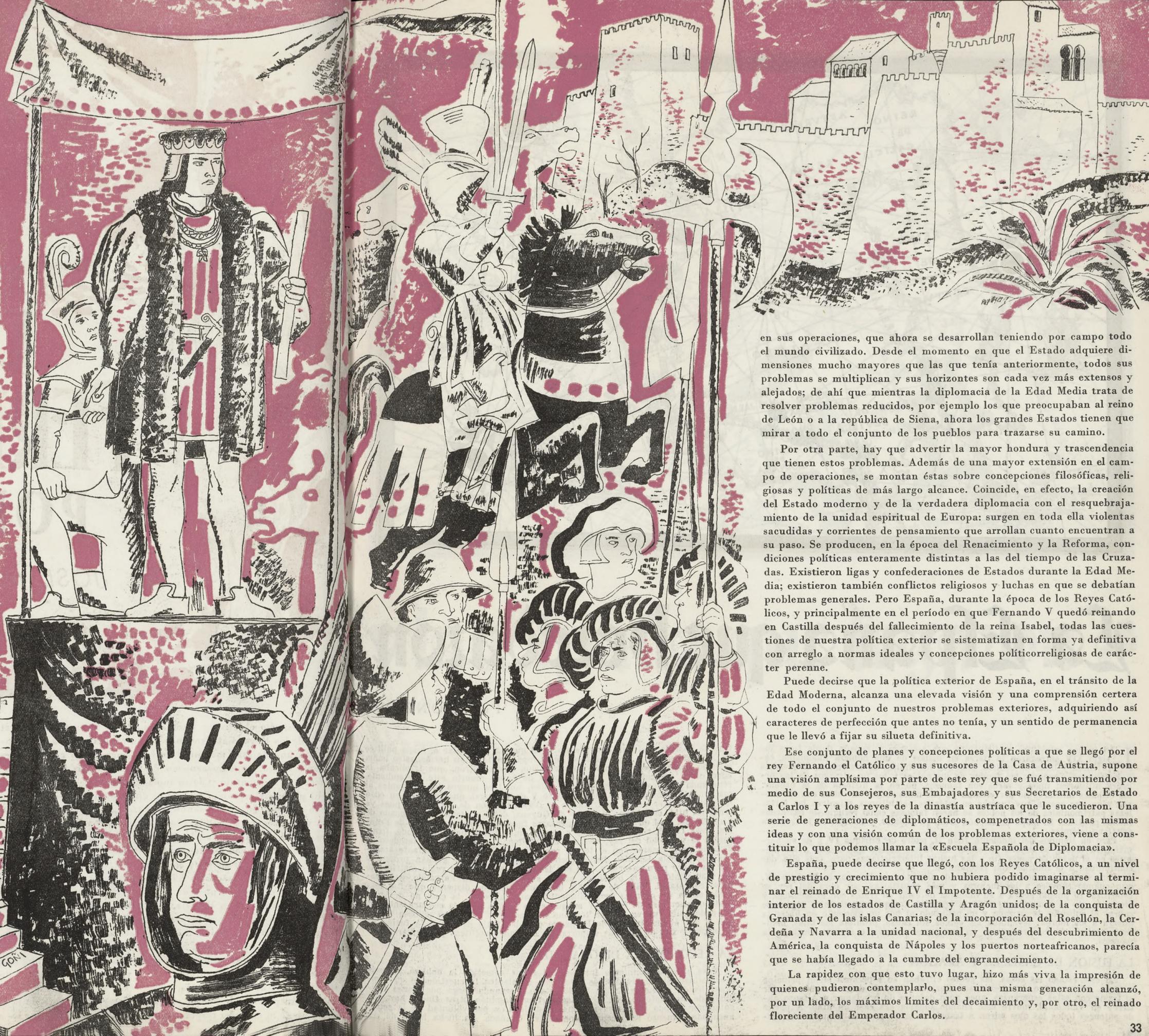
gozar plenamente del fruto de la victoria. Su política mediterránea, que aspiraba a la conquista sucesiva de todos los puertos importantes de la costa africana, de donde esas agresiones partían, no podía adquirir las proporciones con que él la había planteado, mientras España entera, con Nápoles y Sicilia, con las islas Baleares y Córcega, no lograra reunir sus máximos recursos en hombres, naves, armas y pertrechos; así lo requería el poderío del adversario, que no era tan sólo el rey de Trémecén, de Argel o de Bugía, el Soldán del Cairo o el Gran Turco de Constantinopla, sino que era el islamismo, en todo su empuje belicoso, y toda su pujanza ofensiva. Condición previa ineludible era, pues, estar cierto de que no se necesitaría dispersar la atención ni dividir los escuadrones de caballería pesada o las banderas de infantería para atender a ningún frente europeo. La norma fernandina de «paz entre cristianos» es, en realidad, un requerimiento apremiante y necesario. Había que tener relaciones de buena amistad con todos: franceses e ingleses, italianos o alemanes, portugueses y suizos. Pero aun eso no bastaba, sino que era preciso lograr que entre sí tuvieran ellos los mismos vínculos de amistad que con España, a fin de que no hubiera en Europa guerra alguna, pues siempre, si alguna existiera, podría temerse que nos viéramos envueltos en las imprevisibles consecuencias que todas tienen.

El hecho de que los Estados vayan adquiriendo personalidad definida a fines del siglo XV es fundamental para el estudio de la política exterior, porque él da lugar al nacimiento de la verdadera diplomacia. En efecto, entre la diplomacia medieval y la de la Edad Moderna hay la misma diferencia que entre los estados de reducido territorio y organización, en cierto modo embrionaria, de la Edad Media y el Estado moderno.

En aquel cambio brusco que se produce en la vida de la Humanidad al surgir el Estado moderno y que se revela en todos los aspectos y ha dado lugar a que se considere que aquellas fechas de fines del siglo XV representan la terminación de toda una amplísima y secular etapa histórica para pasar a nuevas formas y nuevas ideas, la diplomacia sufre también una súbita transformación, dejando atrás las expresiones rudimentarias con que se presenta a nuestros ojos en la época medieval para adquirir de pronto la plenitud de su desarrollo.

Se había adelantado Venecia a crear embajadores con residencia fija en las demás naciones desde el siglo XIV. Fué, sin embargo, Fernando el Católico quien hizo de esa red de representantes suyos en el extranjero un organismo vivo dedicado a la ejecución de grandes planes políticos de conjunto, que se van desarrollando sistemáticamente y que obedecen a directivas fijas que han de permanecer en vigor durante casi dos siglos. Nace entonces, y en España, la diplomacia de alto estilo, como corresponde a la gran potencia rectora de los destinos del mundo, que fué nuestra patria.

No es sólo el hecho de que existan ya representantes diplomáticos fijos a quienes se encarga de una labor política permanente en los países en que están acreditados, cosa que, como decimos, venía ya produciéndose, aunque en forma reducida e imperfecta, desde hacía más de un siglo, sino que la diplomacia moderna se distingue por la mayor amplitud



en sus operaciones, que ahora se desarrollan teniendo por campo todo el mundo civilizado. Desde el momento en que el Estado adquiere dimensiones mucho mayores que las que tenía anteriormente, todos sus problemas se multiplican y sus horizontes son cada vez más extensos y alejados; de ahí que mientras la diplomacia de la Edad Media trata de resolver problemas reducidos, por ejemplo los que preocupaban al reino de León o a la república de Siena, ahora los grandes Estados tienen que mirar a todo el conjunto de los pueblos para trazarse su camino.

Por otra parte, hay que advertir la mayor hondura y trascendencia que tienen estos problemas. Además de una mayor extensión en el campo de operaciones, se montan éstas sobre concepciones filosóficas, religiosas y políticas de más largo alcance. Coincide, en efecto, la creación del Estado moderno y de la verdadera diplomacia con el resquebrajamiento de la unidad espiritual de Europa: surgen en toda ella violentas sacudidas y corrientes de pensamiento que arrollan cuanto encuentran a su paso. Se producen, en la época del Renacimiento y la Reforma, condiciones políticas enteramente distintas a las del tiempo de las Cruzadas. Existieron ligas y confederaciones de Estados durante la Edad Media; existieron también conflictos religiosos y luchas en que se debatían problemas generales. Pero España, durante la época de los Reyes Católicos, y principalmente en el período en que Fernando V quedó reinando en Castilla después del fallecimiento de la reina Isabel, todas las cuestiones de nuestra política exterior se sistematizan en forma ya definitiva con arreglo a normas ideales y concepciones políticoreligiosas de carácter perenne.

Puede decirse que la política exterior de España, en el tránsito de la Edad Moderna, alcanza una elevada visión y una comprensión certera de todo el conjunto de nuestros problemas exteriores, adquiriendo así caracteres de perfección que antes no tenía, y un sentido de permanencia que le llevó a fijar su silueta definitiva.

Ese conjunto de planes y concepciones políticas a que se llegó por el rey Fernando el Católico y sus sucesores de la Casa de Austria, supone una visión amplísima por parte de este rey que se fué transmitiendo por medio de sus Consejeros, sus Embajadores y sus Secretarios de Estado a Carlos I y a los reyes de la dinastía austríaca que le sucedieron. Una serie de generaciones de diplomáticos, compenetrados con las mismas ideas y con una visión común de los problemas exteriores, viene a constituir lo que podemos llamar la «Escuela Española de Diplomacia».

España, puede decirse que llegó, con los Reyes Católicos, a un nivel de prestigio y crecimiento que no hubiera podido imaginarse al terminar el reinado de Enrique IV el Impotente. Después de la organización interior de los estados de Castilla y Aragón unidos; de la conquista de Granada y de las islas Canarias; de la incorporación del Rosellón, la Cerdeña y Navarra a la unidad nacional, y después del descubrimiento de América, la conquista de Nápoles y los puertos norteafricanos, parecía que se había llegado a la cumbre del engrandecimiento.

La rapidez con que esto tuvo lugar, hizo más viva la impresión de quienes pudieron contemplarlo, pues una misma generación alcanzó, por un lado, los máximos límites del decaimiento y, por otro, el reinado floreciente del Emperador Carlos.